

intelectuales que nos apoyaba durante la dictadura se amplió hasta convertirse en S.R.I. del Ateneo de Madrid, del que Valle-Inclán formaba parte. Cualquier petición de ayuda para los presos políticos y sociales encontró siempre en él una rápida y espléndida respuesta.

.....

Enfermo ya», continuaba Vega, «aceptó complacido la invitación para que figurase en la presidencia de honor del Comité contra la Pena de Muerte. Cuando los Tribunales dictaban innumerables sentencias de muerte, él, que había luchado por una República sin cárceles ni patíbulos para los trabajadores, colocó su valiosa firma en documentos para impedir las infamantes ejecuciones... unos meses antes de su muerte, en los momentos de mayor peligro para los condenados, cuando la reacción intentaba ensangrentar nuevamente nuestro país, aparecieron varios llamamientos con su nombre a la cabeza para que el pueblo se opusiese enérgicamente a las ejecuciones»<sup>8</sup>.

Y es que, en definitiva, una cosa eran las marchas cómico-imperiales o las músicas pachangueras de Roma, y otra, muy distinta, el radical sentido de la justicia de nuestro autor. Ahí queda, para demostrarlo, su obra: el testimonio a la postre más válido, cuando no el único, de un escritor.

#### 4. Unamuno: el sentir contra el vivir de un liberal —¡y a mucha honra!— decimonónico

En estos reportajes no podía estar ausente la voz de Unamuno, punto de orientación fundamental para muchos españoles desde hacía ya largos años. Recluido en su entrañable Salamanca, la entrevista fue sustituida por una cuartilla preparada al efecto. En realidad, daba lo mismo: parece cuando menos dudoso que Alcázar, en el caso de haberse celebrado la entrevista, hubiese logrado arrancarle otras palabras o alterar el monologante discurrir de su apasionado razonamiento. Gustase o no a sus interlocutores, Unamuno siempre solía decir lo que quería; ni una palabra de más, tampoco de menos. No era fácil «tirarle de la lengua».

«¿Comunismo? ¿Fascismo?, me pregunta usted», repetía Unamuno.

«¿Comunismo?», concretaba. «Hay en el español, se dice», y daba así rienda suelta a su pensamiento, «leninistas, troskistas, stalinistas, ¡qué sé yo! Muy enterados de lo que pasa en Moscú, pero no de lo que (sucede) en sus propias casas. De lo más típico, lo que hace poco propuso en las Cortes su único representante en ellas, y era que se entregue a Calvo Sotelo a un tribunal de campesinos y obreros —hoz y martillo— a que lo juzguen. ¡Inocentada mayor...! Sí, para que los seduzca y lo saquen a hombros dándole vivas, *vivándole*, que dicen los argentinos; es decir, avivándole. Y hasta hay comunismo libertario; esto es, anticomunista, que es el colmo».

Luego, de viva en viva, continuaba:

«Lo de los vivas nos trae al fascio, que no sé bien lo que es, y ellos menos. Acaso no más que un viva más». Peor todavía: «Ese es un *¡Viva la Virgen!*, solía decirse. Después, de las damas paradas: *Esa es una ¡Viva Cristo Rey!* Pronto se dirá: *Ese es un*

---

<sup>8</sup> «Valle-Inclán y la solidaridad». *Mundo Obrero*, Madrid, enero de 1936.

¡Viva el fascio! Y también: *Ese es un ¡Viva la República!* Liturgia y no fervor. Cosa de matar el aburrimiento», añadía. Un «¡Pst!» despectivo cerraba el párrafo.

Y el soliloquio, papel adelante, seguía su curso. Su reflexión se tornó aún más grave, adquirió resonancias inciertas:

Ahora que la necesidad vivida —no vivada— de una sumisa conjunción social y nacional podría traer dictadura. ¿De quién? Del más inesperado. Unos y otros se están dando a conjurar la (no el) fantasma —«pantasma» en ciertos lugares—, y cuando venga, si viene, vendrá de noche, envuelta en una sábana y sobre zancos, y le rendirán acatamiento y hasta adhesión, unos y otros; éstos haciéndose cruces y aquellos haciéndose higas, y quedaremos sólo fuera, riéndonos amargamente de todos ellos, los pocos liberales siglo XIX —¡y a mucha gloria!— que aún quedamos.

Esta nuestra actual edad española, de cuadrillas, camarillas, cabecillas, guerrillas, banderillas, gacetillas... —¡qué diminutivos tan nuestros!—, no lo es de oro, ni de plata, ni de papel, sino de calderilla y de perrillas. Y de chatarra sociológica y teológica, que no social ni religiosa. Y lo que hay de realmente serio es la pistola y de realmente ridículo el Poder. Es lo que en cifra simbólica —aclaraba— creo poder decirle». Punto final: desoladora, intuida, bullendo al fondo, encubierta, una tragedia —la de la guerra— cuya honda magnitud le helaría para siempre la voz. Liberal decimonónico, liberal decimonónico de los que con enorme dignidad podían exclamar ¡y a mucha honra!, un lamentable estruendo de vivas y terrores apagaría su vida.

## 5. Doña Concha Espina: «ismo» con capitular, más cultura, educación y patriotismo

Escena: sentados, frente a frente, doña Concha, egregia dama, y Federico M. Alcázar, un caballero. De ahí el tono de la conversación y los dos alborozados párrafos del comienzo, patente demostración del respeto absolutamente obligado antes de entrar en materia (en materia espiritual, entiéndase). Los exigía el buen gusto.

¡Silencio!, reclamaba Alcázar: una dama noblemente ennoblecida «por su estirpe —uno de sus ascendientes fue Tagle, virrey del Perú (precisaba)— y por su obra literaria, que con la Pardo Bazán y doña Concepción Arenal forma la más gloriosa trilogía femenina de España, va a expresar su pensamiento acerca de tan interesantes cuestiones».

El periodista, supongo, se acomodaría en el sillón, contendría el aliento. No en vano la caprichosa Fortuna le había dispensado la inmensa dicha de recoger las sin duda trascendentes opiniones de Concha Espina, Premio Fastenraht con *La esfinge maragata* (1913) y Nacional de Literatura con *Altar mayor* (1926), propuesta para el Nobel con su ilustre compañero don Armando Palacio Valdés en 1927, merecidos galardones a los que el tiempo y su trabajo añadirían el Miguel de Cervantes de 1940 (por un *Valle en el mar*) y la Cruz de Alfonso X el Sabio. Novelista de exquisito léxico y acrisolado pesimismo cristiano de fondo, «cumbre literaria» y «vida heroica», «de elegancia moral insuperable», los avatares de la vida, esto es, las miserables catástrofes del mundo literario (sin más metáforas: la quiebra de la CIAP, sinónimo, mientras funcionó, de prosperidad, bruscamente tornada, tras la bancarrota, en señal de hambre

y desamparo para tantos y aun tantísimos escritores le estaban causando penalidades sin cuento, angustias interminables. Ella, no obstante, sabía mantenerse señorial, «digna de su alta jerarquía». «Vamos a escucharla», requería, insistente, Alcázar. Aceptemos la sugerencia del periodista:

«A esas dos preguntas que usted me hace», principió, «de tan difícil respuesta categórica, no hay más remedio que sortearlas por ambages y orillas que nos dejen expresar nuestro sentimiento político. Porque más que ideas políticas, yo tengo, a este fin social, ideales y sentimientos hoy tan congelados y ausentes en la preocupación general de España».

«Sí, cierto. Pero ya usted sabe, señora», objetó respetuoso nuestro buen Alcázar, «que las masas españolas, aparte del anhelo muy legítimo de mejoramiento y de justicia social, fluctúan en esta hora crítica entre el comunismo y el fascismo».

—¿Comunismo?... ¿Fascismo? —exclamó doña Concha—. Yo añadiría, teóricamente, otro *ismo* a la novedad relativa de esos dos. Otro muy viejo, con una capitular enorme: el Cristianismo. Y diría que entre los tres, considerados verticalmente desde la máxima altura de su esencia, hallo una relación espiritual, que, de tan humana, hermosa y pura, me parece casi divina. Tal vez con escándalo de esa terrible religiosidad rutinaria y española de los que no sienten la verdadera religión de Cristo».

Tan tremenda afirmación le permitió plantearse la siguiente pregunta:

«¿Pero dónde están las criaturas que realicen aquella formidable ilusión?»

La responsabilidad o el compromiso no hay que buscarlos en los interrogantes, simples pretextos en demasiadas ocasiones; están en las respuestas:

«Cuantas tentativas se quieren acercar», explicaba nuestra novelista, «siquiera con muy remota semejanza, a tal propósito, se nos convierten en una caricatura, en un fracaso escarnecedor. Tenemos reciente en España el triste ejemplo de esto que digo y la fuerte reacción provocada por aquel simulacro torpe y burdo, imperdonable sobre todo por lo lleno de egoísmos, pasiones y codicias, en absoluto incompatibles no ya con la utópica igualdad humana, sino con la muy lícita y bella fraternidad de los hombres, que siquiera como ensayo pudo llevar a la práctica el nuevo régimen sólo con un poco de cultura, de educación y patriotismo».

Palabras en parte casi enigmáticas, o al menos confusas. Pero Concha Espina aclaró en seguida su significado: Del ideal a su realización, venía a decir... paciencia. Paciencia y educación; nobles capitanes, paradigmas de virtud: eso era lo que hacía falta. Y, mientras tanto, fascismo y comunismo, movimientos en los que doña Concha distinguía «hondas raíces cristianas», a vivir, matando el rato: los siglos, en la etérea región de «las promesas». No lo deduzco, son sus palabras:

No existen en España, a juzgar por el infeliz testimonio, esos primeros elementos para un buen combate radical y civil. Y habrá que esperar que el pueblo se eduque antes de querer imponerse, de sustituir la noble libertad por el vergonzoso libertinaje y el excelso arte constructivo por la irredenta destrucción.

Nos hacen falta, en primer término, capitanes que den la norma de la conciencia y la generosidad y levanten los dechados del caudillo a la sublime categoría de lo heroico.

Mientras este milagro se produce aquí, dejemos al comunismo y al fascismo, tan semejantes en sus hondas raíces cristianas, vivir en la región de las promesas.

Lo urgente y sagrado para nuestra conducta española es contribuir a los cimientos

de esa educación ineludible que necesita la clase proletaria, de la cual formamos hoy parte los escritores.»

Ya desrealizada la situación, lanzada pues de disquisición tónica en disquisición tónica, la doblemente ennoblecida dama no podía perdonar aquello de la España «invencible» y «redentora» ni tampoco dejarse en la recámara eso de «los mares caminos de romería hacia otro mundo». Se acordó, lo dijo:

«Hay que trabajar mucho en ese empeño, con optimismo y desinterés que equivalen al amor, para que se edifique en España un nacionalismo estimulante, sin xenofobia ni monomanía racista, sino a estilo nuestro, al gran estilo de la patria redentora que nos cupo en suerte y exaltar sus virtudes maternas con una fe inmensa, como la suya cuando abrió en lo incógnito de los mares caminos de romería hacia otro mundo.

Así podremos “todavía” creer en la democracia actual, heredera de aquel prodigio español; una democracia sin ficciones, como la del Parlamento, entre otras muchas. (Véase: “Un hombre, un voto...” (O una mujer, que es lo mismo).

Así, los que somos con angustia fatalmente individualistas, dentro de nuestra voluntaria inclinación a la comunidad de los hombres, podremos creer en el advenimiento de una España invencible y única..., aunque siempre disuelta, para las congostas del espíritu, en una multitud de soledades.»

Alcázar, enmudecido desde su primera y única objeción, añadió la firma. ¿Qué podía ocurrírsele al hombre? Su reportaje, presidido por una hermosa fotografía de la novelista, ocupa la parte central de la cuarta página del popular diario *La Voz* del día 16. Alrededor, simbólicamente, sólo libre la parte superior: la de las nubes, duras noticias de la amenazante y crispada realidad: robos (en Madrid, aquella misma noche, grupos de jóvenes sin trabajo habían asaltado diversos establecimientos de alimentación), rumores de huelgas, fatales accidentes, atracadores muertos por disparos de la Guardia Civil, inquietantes disensiones entre Francia y Alemania a propósito del desarme. ¿Qué pensaría, qué sentiría doña Concha al contemplarse en tan amarga compañía?

## 6. Armando Palacio Valdés o la pasión por el orden

Para concluir esta serie de reportajes, Alcázar pensó en Palacio Valdés, escritor ideológicamente afín a Concha Espina, nominado con ella en 1927 para el Nobel. Antiguo director de la *Revista europea* (en 1876), y autor, en colaboración con Clarín, de un libro titulado *La literatura en 1881*, al que aportó páginas sarcásticas y comentarios hirientes, tras moderar sus iniciales ímpetus, don Armando había llegado a convertirse en un acreditado paladín del conservadurismo. Su reverencial sentido de la autoridad, incluida la más ilegítima: la de los golpistas, le llevó, por ejemplo, a protagonizar un lance franca (y hasta franquistamente) inédito: en 1924 abandonó airado la presidencia del Ateneo en protesta por los ataques que sus socios dirigían contra Primo de Rivera. En consecuencia, a nadie sorprendería su pretendidamente arcangélica apología del fascismo: «Ignoro en qué consiste el *fascio*», comenzó. Y se

enzarzó después en una breve disquisición perogrullesca: «Parece que es una voz italiana que significa el régimen de gobierno que actualmente impera en Italia». Después, efectuada tan sutil aclaración, pasó, sin ambigüedades, a lo suyo: «Como periódicos y viajeros se hacen lenguas del orden, bienestar y prosperidad que allí reinan, debo pensar que el régimen no es malo y desear para España algo semejante».

En cuanto al comunismo, don Armando coincidía con doña Concha: «ideal cristiano», así, como suena, y, por supuesto, de la misma forma que cualquier otro ideal, irrealizable:

«En cuanto al comunismo, es un ideal cristiano que todos los cristianos debemos amar y apetecer. Puesto que los hombres somos hermanos, entre nosotros no deben existir desigualdades irritantes. Pero no hay que olvidar que es un ideal, y los ideales no se realizan en la tierra. Es condición precisa para que el comunismo sea un hecho que los hombres nos despojemos del egoísmo, que seamos por entero espirituales, que no amemos los goces de la tierra y sólo pensemos en el cielo. ¿Es esto factible? Por excepción lo ha sido entre un número muy reducido de humanos. Los monjes de San Bruno y San Bernardo lo han practicado, y en algunos conventos se practica todavía. Mas nadie que esté en su juicio puede imaginar que sea posible en toda la sociedad humana. El egoísmo es congénito con nuestra naturaleza. Sólo por milagro, y bajo el imperio de una exaltación religiosa, lograremos desprendernos de él.»

Esto, claro está, en cuanto al noble ámbito de las ideas se refiere. ¡Al diablo con los comunistas de carne y hueso!

«Los que hoy propagan el comunismo, lejos de hallarse bajo ese imperio, reniegan de Dios y del alma, sólo admiten la materia y consideran a los hombres como otros tantos animales», afirmaba rotundo. «En este caso», peroraba, «el comunismo es la vuelta a la barbarie. Faltando el estímulo del interés personal, sólo los santos son capaces de trabajar con eficacia».

«La caridad», aseguraba, «es la única palanca que puede levantar el mundo hasta la dicha. Los caudillos del socialismo y el comunismo son apóstoles del odio. Por eso, aunque tengan razón en el fondo, han fracasado en todas partes». «Aunque tengan razón en el fondo»: patética confesión que, parafraseando al cáustico Goethe, parecía preferir la injusticia al desorden.

A no ser que se me hayan escapado otras respuestas, la de Palacio Valdés, publicada el veintidós de febrero (pág. 2) puso fin a los reportajes de Alcázar sobre «¿Fascismo o comunismo?». Es una auténtica lástima que la serie sólo abarcase las opiniones de unos escritores cuyo tiempo, tanto por edad (Concha Espina, con cincuenta y siete años, y Palacio Valdés, por encima de los ochenta, enmarcaban a Pío Baroja, Benavente, Valle Inclán y Unamuno, todos ellos con más de sesenta), como por formación (liberal, o conservadora, pero decimonónica), ya había pasado. Eso supuso dejar en bloque sin voz a los novecentistas, el grupo del 14, la llamada generación del 27 y a la joven promoción de la República. Sus respuestas, no cabe duda, hubiesen sido bastante más conflictivas. Quizá por eso las eludiese *La Voz*, periódico tibiamente republicano, liberal y moderado, pensado y escrito para el gran público.

GONZALO SANTONJA  
*Conde de Sepúlveda, 1.*  
SEGOVIA.